



La pasión de Roger por el fútbol

Roger era un gran aficionado al fútbol y, sobre todo, al Barça. Vivía en un pueblo cercano a Barcelona y pasaba las tardes jugando en el parque con sus amigos.

Un día hizo una jugada espectacular y marcó un gran gol. Cuando iba a celebrarlo vio que Adrián, el portero, estaba triste por no haber detenido la pelota.

Roger dejó de festejar y se acercó a él.

—Antes has hecho una parada fantástica. Esta vez no ha salido bien, pero eres un gran portero.

Aquella noche contó lo sucedido durante la cena.

—Estoy orgullosa de que cuides a tus amigos —dijo su madre—. El fútbol es un juego, pero apoyar a los demás es un valor para toda la vida.

El fin de semana, el pueblo se reunió en la plaza para ver un partido importante. Roger observó cómo los jugadores cooperaban y celebraban juntos, y comprendió todavía mejor la importancia del equipo.



Después, su padre organizó un torneo infantil y Roger fue elegido capitán. Se esforzó por motivar a todos, compartir el balón y conseguir que cada compañero participara.

Su equipo no ganó, pero Roger terminó feliz. Había aprendido que el resultado no era lo único importante: también había que gestionar las emociones, respetar a los demás y avanzar juntos hacia un objetivo común.

Aquella noche se durmió soñando que algún día jugaría con tanta habilidad como corazón.

Enseñanza del cuento

Un buen deportista no solo intenta ganar: anima a sus compañeros, acepta los errores y contribuye a que todo el equipo disfrute.